

Libros

Un libro para la Historia

APUNTES PARLAMENTARIOS, LA TENTACION CANOVISTA

El hecho de que la Historia sea «magistra vitae» obedece, en buena medida, a una doble virtud que esta disciplina encierra: por una parte, nos reduce al mínimo la capacidad de asombro —o, si se prefiere, de miedo— y, por otra, nos sitúa el acontecimiento en un ancho contexto que confiere a su «novedad» la resonancia de algo **repetido**. Los grandes beneficios de la lección magistral de la Historia serán, pues, la serenidad de la perspectiva y el gozo lúdico de la repetición. Tengo para mí que aquella socarrona paz con que el Papa Juan XXIII sabía sonreír ante las catastróficas «innovaciones» que, bajo otras tiasas hubieran hecho temblar a la cúpula de San Pedro, tenía por origen su condición de historiador. **Nihil novi sub sole**, decían los antiguos y, según Cherterton, Dios le repite cada mañana a ese gran niño que es el sol: «¡Que lo haga otra vez!», de modo que después ese juego, mil veces reiterado, es nada menos que la Historia.

Estos devaneos vienen sugeridos por la lectura del libro **Apuntes parlamentarios: la tentación canovista** (1), cuyo autor es Víctor Márquez Reviriego. De estos «apuntes» dice el diputado socialista Alfonso Guerra —que prologa el libro al alimón con el ucedista José Pedro Pérez-Llorca— que «tienen la resonancia literaria de un mundo parlamentario de otra época». Y añade: «Víctor Márquez no se limita a describir, sabe filtrar los acontecimientos de las Cámaras por una visión estética del mundo, que estaba allí pero que no todos saben recrear».

He aquí el matiz fundamental que diferencia estos «apuntes» de las mil crónicas que se han visto limitadas —casi siempre por falta de bagaje

cultural— a ir palpando la epidermis de cuanto en el Congreso o en el Senado «sucedia». De modo que la distancia resultante es la que media entre la fría instantánea fotográfica y la pintura creadora. Encontramos en el prólogo citado otra observación atinadísima: «A mi parecer los «apuntes» quieren recrear los datos, **detener el tiempo** —el subrayado es nuestro— en los detalles que circundan a unas actividades sólo merecedoras de la atención de los lectores si se describen en forma de juego, aportando el elemento lúdico a las reflexiones del debate».

Detener el tiempo es, como decíamos, privilegio exclusivo de quien está capacitado para hablarnos desde la Historia. Y, en este sentido, Víctor Márquez Reviriego «detiene el sol», como Josué, y —al igual que los franceses, que han logrado domarlo en la central de Mont-Louis— lo coge bajo el brazo, se lo lleva consigo al parlamento, para proyectarlo sobre la realidad hodierna y descubrirnos a continuación el juego chino de sus sombras. Así desfilan, bajo su pluma, el compás de los debates, la «sombra de Hölderlin», Hamlet, Don Quijote, Metternich, Heráclito o Maquiavelo, y en la misma linterna mágica salta, al aproximarse peligrosamente el pederal socialista a la yesca ucedea, la chispa inquietante de la «tentación canovista».

Tal es el título —del que toma nombre el libro— de la primera crónica aparecida, como todas las demás, en la revista TRIUNFO, allá por julio del 77, cuando nuestras Cámaras, recién estrenadas, chirriaban aún bajo la armadura de rígidas articulaciones que, por fortuna, el tiempo ha ido engrasando. La intuición de este título —que, más allá del mero hallazgo feliz, es toda una briosa síntesis histórica— alertó a los lectores que, semana tras semana, abrían la revista por esa página; **nueva** en nuestra prensa y, sin embargo, dentro de la mejor tradición del periodismo parlamentario.

Ahora esta treintena de «apuntes», cronológicamente alineados en un volumen de trescientas páginas, lejos de perder actualidad, nos brindan una de las mejores panorámicas que poseemos de nuestro proceso de democratización. La misma fruición nos adviene al leer el libro «a hecho» que al realizar la experiencia de abrirlo al azar y caer parachutados en una sesión concreta. El mismo estilo, mezcla de rigor, de traslucos radiográficos, de difícil facilidad y, sobre todo, de ese humor que, paradójicamente, hace aún más preciso y riguroso el quehacer del cronista. ¡Lástima que un laúd tan bien templado no haya hallado mejor partitura! Queremos con esto insinuar la añoranza que la pluma de Víctor Márquez nos trae a remolque respecto de otra «edad parlamentaria» en la que la garra misma de los debates **hacía bueno** al cronista.

El libro, sobre el aliciente de su lectura, ofrece la facilidad de ser un utilísimo instrumento de consulta. Para ello ha sido dotado de un Índice Onomástico en el que se recogen cerca de quinientos nombres con sus respectivas referencias a las páginas en que aparecen.

En resumen, estos «apuntes», que fueron escritos al filo de la actualidad, pero siempre con un trasfondo histórico, en el resonante contexto de un sistema cultural y estético, entran, por obra y gracia de su reunión en forma de libro, definitivamente, en su exacto lugar, que es la Historia. ■ **BERNARDO DE ARRIZABALAGA.**

